

P.R. Ilustrado
13 mayo 1920

CRONICAS DE ORO, SEDA Y SANGRE

Otoño...

Para tí, vecina.

I

El paseo está hipnotizado bajo el influjo de un sol de hospital. La noche ha huido recogiendo sus crespones de viuda melancólica. Hoy sonríe el día, el nuevo día de Otoño enfermizo y doliente como un niño tuberculoso.

Las hojas amarillentas van susurrando una leve sonatina hecha de lágrimas, de besos, de clavel. Huele el aire a cirio como en una catedral cerrada. Hay la eterna y profunda tristeza de las cosas muertas; en estos bancos que han soñado una cita galante, en estos murellones polvorientos y carcomidos que nunca supieron del asalto de un pirata, en estos jardines que han perdido el misterio de los vergeles umbríos y que han deshojado todas las rosas de sus canastillos primaverales.

Las fuentes dan la frescura de su monorritmia líquida. Salta el agua, como una lluvia artificial y se derrama por los blancos tazones de las fuentes haciendo un sonido húmedo como una música que se lleva y que vuelve musical esta paz del viejo paseo sin sol, sin árboles, sin golondrinas.

La mattina di sole parece haberse puesto un kimono japonés, floreado por la seda china del capricho funambulesco de los jardines.

El sol conquista la bruma que se echa sobre la ciudad como un ala de paloma.

Bajo la discreción blanca y verde de las celosías, los ojos hablan como si fueran almas sonoras.

Unos jazmines se han fugado de la ventana de mi vecina. Son suspiros hechos flores buscando las almas anónimas de los sueños de sus amas.

Esta vecina mía tiene la enfermedad de soñar mucho. Parece una gotita de lluvia. Tiene un corazón de pandereta. Es una imagen de leyenda romántica, blanca, suave, sentimental, como Julieta, Desdémona, o Monna Lisa, como todas las mujeres que en la novela del amor, se han hecho amar inmensamente.

Su pelo negro tiene una fragancia de mujer bonita que hace entornar los párpados. Cuando se asoma a su ventana y derrama las ondas maravillosas de su cabellera, se cumple el motivo de aquella copla de mi barrio que dice:

Parece una virgencita
escapada de un altar.....

Para ella el otoño no tiene tristeza.
Canta para darle salida a esa música que tiene dentro del alma, que le baila una eterna y fugaz sevillana.

Yo quiero a mi novia con un espíritu de cascabel como las gitanas perversas de España, o las melodiosas gondoleras de Venecia; que tenga un manojo de claveles en la cabeza, y que alegre mi corazón junto al suyo, en una verbena eterna, donde yo le compre las miradas de sus ojos, y así iremos cogidos del brazo a la feria, para llenar nuestra cesta de flores y fresas.....

En el Otoño ella bordará silenciosamente junto a una vidriera para yo ir a contemplar desde mi ventana de poeta. Entonces escribiré versos de amor, primaverales por el aliento de su alma joven; y con el sonido metálico de sus risas los haré musicales y puros, como aquellas serenatas que prendimos locamente en las ventanas de todas las mujeres hermosas de mi pueblo.

La divagación ha distraído mi pesadumbre. Han huido de mí aquellas imágenes enfermizas del sol otoñal, y me siento embargado por una melancolía lila, que va abriendo con su llave de oro, los pórticos de mis recuerdos, para dar paso a la caravana doliente de todos mis sueños muertos que descansan bajo los sauces llorosos del blanco cementerio de mi alma.

Llora mi corazón, con la tristeza de Chopin de un piano incógnito que toca bajo el prodigio de unos dedos de mujer convalescente.

La música vaga como una niebla musical viene besando el paisaje.

Va despertando el ritmo de la tristeza en nuestros espíritus. Es una instantánea en que el alma se asoma a las palabras y la vemos confundirse con sus emociones en el laberinto de sus sonidos.....

¿Qué alma enferma, es ésta de la música, donde hay tanto dolor y tanta sinceridad? ¿Sobre qué paisaje noruego habrá dormido el motivo de esta música, que también es otoñal?.....

¡Otoño amarillento de la vieja canción! ¡Otoño pálido de las manzanas de oro, envuélveme en el sudario malva-lila de tu melancolía!.....

Ve muyendo un lecho florido en un cementerio todo en flor, donde descansan en un profundo abandono la de mis huesos y la augusta calavera de mi rostro, que hará una mueca a mi pobre alma perdida entre las sendas cavernosas del infierno, por haber amado mucho, por haber sufrido mucho.

Emilio S. BELAVAL.

Playa Sardinera. Verano de 1919.

OYEME, SEÑOR

En mis horas de amargos desconsuelos
Me hirieron las espinas de un Calvario,
Y en la amplitud de los supremos cielos
Te alcanzó mi oración de solitario.

Yo quisiera seguir tus luminosas
Y eternas huellas por la Tierra Santa,
Y en la Cumbre Sagrada dejar rosas
Mientras mi verso tu martirio canta.

Cuando estoy junto a tí, canto y olvido....
En mi jardín interno, enflorado,
Entona el ruiseñor su trino alado,

Y lloro por los gozos que he perdido,
Por los sueños que pude haber vivido,
Por todo lo que pude haber amado.

Ernesto Marín MARIEN.

FLOR DE DESTINO

Para Primitivo Herrera.

Pasado que tuviste florecencia
De tanta cosa bella y emotiva,
Un lírico matiz de tu inocencia
Alumbra la lejana perspectiva.

El pomo guarda la sutil esencia
De la etapa gentil y sensitiva.
En que brillaba en toda su opulencia
La llama de mi estrella pensativa.

La esencia existe y al vacío diluye
El alma rosa de que está compuesta,
Palpé la prosa..... y la derrota vino;

Mi sol por eso ante la sombra huye,
Y noble sigue hacia su triste puesta,
Que siendo fuerte me venció el destino.

Nicolás RIVAS.

CRONICAS DE ORO, SEDA Y SANGRE

Para Don Santiago Veve Calzada, con el cariño y la devoción del autor.

II

EL MAR.

Yo lo he contemplado en todas las horas en que palpita la poesía suprema de la naturaleza. Desde mi ventana, he visto el amanecer reflejar en sus cristales, mágicos medios tonos que revive la potencia luminosa del sol, produciendo un cabrileo de plateadas lentejuelas, sobre este cristal infinito que parece un velo de escarchas diamantinas y encajes de plata vieja. Porque hay en los amaneceres marinos una divina multiformidad para las entonaciones del mar. Primero es una luz rosa que va virtiendo un oro fugaz de acuarela severa a la que se une la policroma combinación que trae la paleta del día y va esta inmensa pupila incolora, tomando raras tonificaciones grises, de estaño, de violeta pálido, de verdinegro acentuado, hasta que viene el torrente sideral de la luz del sol, y lo hace un velo trémulo de escarchas diamantinas y encajes de plata.

Cuando amanece lloviendo sorprende la retina del artista una funambulesca combinación de tonos perdidos, donde impera el violeta casi rosa y un azul sucio y pálido, con surgenencias anaranjadas de creciente marina. En las umbrías de las orillas un verde casi negro riela por entre los juncuales, mientras el espíritu ondulante de las sombras tiende un lampo de crisopacio egipciaco, en los boscajes suaves. Aquí Dios puso el alma del color. Esta paleta pluvial del mar funde sus colores en vivos reflejos que hieren la pupila con una intensidad magnífica. Ya es un blanco de cal, de asperón, que tiene filtraciones rosadas, y que después se convierte en un gris aguado, sin tono definido, hasta que viene a morir en la playa en un blanco vaporoso, casi transparente, algo ilusorio, coronando las olas leves con un continuo encaje de luz, que se rasga al morir sobre el almizcle de las arenas. Y ese blanco tiene la luz de los cúmulos burbuyeantes que lo hace un tápiz de hielo crudo.

A las tres de la tarde, aparece el azul triunfal de su manto de zafiros. Azul sereno y sosegado de cielo bíblico; azul riante y claro de cielo veneciano; azul profundo de reflejos verdes. En esta hora está el mar inmóvil como hipnotizado por estos dos azules brujos y enervantes de cielo y mar. Arriba la bóveda celeste está blancamente emborronada por la informalidad de las nubes de clara de huevo; abajo el mar dormido por la azul anestesia marina tiene tules de esmeraldas resaltando sobre el azul en formas caprichosas de misteriosas acentuaciones poéticas. Cerca de un islote tiene el mar una puñalada, de donde emana un zumo de rosas haciendo más sutil y emotiva la visión del véspero marino.....

Durante toda la tarde el colorido del mar es como una divagación de colores. Tonos que se unen, se besan, se funden dando magníficos tapices en claros azules y azules de luz. Y cuando van nuevos tonos resucitando la anestesia vespéral de los azules, empiezan las finas ondulaciones, templando las arpas ignotas de sus cajas de música.

Viene la noche..... Diríase que el mar se ha vuelto poeta, y desgrana el oro sonoro de su garganta, bajo el efluio de zinc de la luna, que ha puesto un vivo alto relieve sobre la sedería cenicienta del mar.

¡Nocturno marino! Viene la canción de las frondas, de la brisa, del mar, de los flamboyanes de mi patio. Yo divago con Rubén Darío:

Mar armonioso
Mar maravilloso.....

Y es como si la noche entera fuera una canción olorosa a yodo y a sal.

LAS TARDES DE LA PLAYA.

Divino opio marino que enerva nuestros ánimos y los sume en una amable somnolencia. Estas tardes tienen el raro encanto de la serenidad. Todo es pausado, grave, lento, como si fuera la pereza del mar apoderándose de la orilla para crear una vida más leve, más vaga, más de ilusión. La imaginación tiene magníficas aviaciones mentales. El corazón hace más débiles sus latidos y abarca en los intermedios de sus tic-tacs de oro, más emoción, más vida, más poesía. Ya es una gaviota lo que hace divagar nuestros ojos sobre el azul del cielo en una peregrinación sub-inconsciente; ya es una vela blanca que parece como un signo oloroso de pañuelo que nos agita la diosa Quimera.

Tardes aladas en que todo lo que nos rodea se hace fluido y vaporoso. Y es el mar como un desierto infinito y sereno de cristal azul; y es la brisa empapada de sal, como una seda invisible que nos acaricia con sus manos voluptuosas; y es el alma como una enfermita nostálgica que en su convalecencia celebra nupcias con todas las cosas bellas de la vida.

Cantan los anónimos troveros del barrio. Vienen voces metálicas de las siembras, y chirrea el arado que levanta un olor acre a tierra húmeda y a yerba. Abren sus pomos diminutos las amapolas de las empalizadas y todo se combina para hacer más olorosa la tarde que huele, a tierra, a yerba, a amapola, a calambreña, a yodo y a flamboyán. He cerrado los ojos para aspirar plenamente la vida en esta instantánea en que todo tiene aroma en la tarde de la playa. En el cromo del mar de colores suaves, las barcas pescadoras dan una nota evangélica, de paz, de oración y de trabajo. Bajo los árboles de las montañas palpitan las escarlatas de los ganados. Y junto a las calambreñas de mi balcón, dos calandrias enhebran un diálogo de amor. Yo pienso en tí.

BARCAS DE LA MAÑANA.

¡Barcas de la mañana! ¡Con qué ligereza se deslizan por la superficie del mar, dejando una leve estela de espuma a su paso! Diríase que sus velas son alas de cisnes, henchidas de vida y de ilusión que llevan la cáscara gris de su osamenta tras el rielo fugitivo de algún camino bordado sobre las olas, por el esquite de oro de algún ensueño errante. Yo las he contemplado cuando empapadas de sol y de luz, van en la mañana candente del verano, tras el oro palpitante que puebla el seno de los mares. Las hay, blancas como palomas; rubias como las tórtolas; amarillas como canarios. Aladas barcas de la montaña, enamoradas del sol, que en sus fugas locas por las aguas son como esos espíritus alborozados ante la fiesta magnífica de la vida.

Cuando encienden las coplas el pecho de los marineros, son estas barcas, como canciones ondulando sobre las aguas; canción del amor poeta de la copla, del amor que suspira y canta. Y con sus velas blancas, sus osamentas grises y sus coplas tristes, son como ensueños generosos que han venido a pasear su encanto suave, en una góndola de raso, sobre la seda plata del mar.

Emilio S. BELAVAL.

Playas de la Sardinera.
Verano de 1919.

table tiene aquella de ojos verdes y pelo rubio; gesto aristocrático y grácil ésta que tiene en las mejillas el congestionado livor de las rosas; y Reina más que mujer aquella del sombrero de plumas borneadizas, que avanza activa y rozagante dentro el fru-frú de su ceñida falda y el frescor de su blusita blanca. Media hora más, y vuelve San Juan a su silencio. Deslíese de

nuevo un perfume de paz que llena calles y se congela en las esquedades..... Y de lejos bailoteante en el viento, llega el cantar de muchachos que juegan al corro:

¡Al alimón, al alimón que se rompió la fuente!
¡Al alimón, al alimón que hay que componerla!

L. Cruz MONCLOVA.